

Concurso de Literatura 2020
3º Premio – Cuento Matriculados



GUILLERMO BRITEZ

Tres sábados perfectos

La Plaza de Mayo huele a pasto mojado y garrapiñadas. Marta hace con sus dedos un pequeño baile dentro de los bolsillos de su abrigo, mientras escucha sus pasos resonar en las históricas baldosas. Hubiera querido sus guantes de alpaca, pero cuando los fue a buscar el olor a naftalina hizo que cambiara de opinión. Se detiene ante la Catedral: “Más de cincuenta años viviendo en esta ciudad y nunca entré”.

Los mosaicos venecianos huelen a lustre, esfuerzo de las hermanas que los atienden. Las monjas no le gustaban mucho, podía entender que un hombre renunciara a tener una familia –hay tantos que lo hacen en el peor momento –, pero que una mujer lo hiciera no le parecía natural. Cuando era chica, allá en el campo, muchas veces su tía le había pedido que la acompañara para ayudar en algún parto. Le hacía hervir agua o esterilizar alguna sábana usando esas planchas de hierro que se calentaban al carbón.

–El gurí viene sentado – alguna vez la oyó decir grave –, hay que ayudarlo a nacer.

Esos esforzados primeros instantes estaban llenos de vida.

–La Virgencita se lleva todos los dolores –le decía su tía.

Marta creía que no había nada más lindo que aquel momento en que la mamá sostenía por primera vez a su bebé. Escucharlo llorar ante la novedad del mundo y

ver cómo se calmaba al calor de los brazos de su madre. O quizás era el olor de la mamá lo que le traía tranquilidad. ¿Cómo renunciar a eso?

Se fija en la firme postura de unos soldaditos. Custodios del General San Martín. Tan jóvenes. ¿Tendrán frío? Piensa en sus nietos y se cruza de brazos con los puños cerrados, como sosteniendo fuerte algo contra su pecho. ¿Qué diría su marido si estuviera?

—Tranquila, Marta, no hay que magnificar las cosas.

Saverio había sido su reparo. Se acordaba bien del día que se conocieron. Ese sábado había amanecido muy nublado, su papá y sus hermanos se habían ido a trabajar el campo desde temprano. Marta estaba ocupada con las tareas de la casa, dando de comer a las gallinas, barriendo el patio de tierra, pero de tanto en tanto espiaba el cielo, cerraba los ojos y dejaba que el aire la llenase:

—No trae lluvia, papá se equivoca. Habla de tormenta para no dejarme ir al baile, nomás.

Era el día del Gauchito y su prima le había contado que iban a venir al pueblo un grupo de músicos promeseros. Ella estaba más entusiasmada por estrenar su vestido que por el baile en sí.

—Déjela, compadre, que la Marta ya es toda una mujercita —había intercedido su tía, la partera.

El papá, que era hombre de hablar más con la mirada, dio el permiso con la condición de que también fuera la madre y de que al otro día no había de faltar a la misa ni a los cosas del hogar.

La fiesta era en la casa de una familia de devotos. La música transcurría en un patio poblado de rosas chinas y jazmines. No había pie que se pudiera quedar quieto. Cada invitado cumplía con su papel: los jóvenes tratando de parecer mayores, los adultos como la guardia del decoro, los más viejos siendo los encargados del comentar.

Los marrones y serios ojos de un joven se posaron sobre la rubia cabellera de Marta, quien pretendió no enterarse. Un perfume profundo, como de árboles, la invitó a bailar. Aceptó.

Saverio la guiaba con dulzura. Al finalizar la pieza, el joven le agradeció la deferencia e inclinó la cabeza sin soltar nunca su mirada.

Su padre impuso el régimen de un baile por mes para que Marta no se desviara de sus tareas. No faltó baile en el que aquel perfume de árboles no la acompañara y no pasó mucho para que un sábado fuera a la casa de sus padres para tener una charla.

Que de qué iba la cosa preguntó el padre, siempre serio. Que se querían respondió Saverio. Que eran muy chicos para saber lo que es quererse. Que no había ley para decir cuándo y cuánto querer. Que en esa casa sí la había y, si quería demostrarse hombre de bien, tenía que trabajar el campo durante tres años. El muchacho respondió con un apretón de manos.

Y así fue, entre amaneceres de trabajo y tardes de mate bajo alguna ramada, transcurrieron los años y crecieron y se acercaron y no se separaron hasta que la vida dijo “ya está bien”.

Terminada la pausa, Marta sigue su camino hasta la calle Florida. Esa era la primera calle que quiso conocer cuando se vinieron a vivir a la Capital. En una tienda en esa calle se había filmado una película con la que se habían reído mucho. Esa en la que la actriz hace de una vendedora que finge ser un maniquí. Aquella tienda le había parecido otro planeta, con su confitería en el octavo piso, a la que había que llegar usando un ascensor conducido por un empleado vestido de uniforme. Otro mundo, con sus decoraciones para Navidad y los Reyes Magos siempre rodeados de chicos que llevaban sus cartas pidiendo juguetes.

En avenida Corrientes toma el subte que la lleva hasta Federico Lacroze. Llega al cementerio, primero pasa por la tumba de Sandrini y le deja una flor. Recorre de memoria las distintas hileras hasta que llega a la tumba bajo la sombra de un naranjo. Hacía un par de años que no sentía la necesidad de conversar. El mármol dice “Tu mujer, hijos y nietos”. Revisa que el jazmín y la rosa china esten bien, sin abicharse.

Marta vuelve a su casa y en el contestador encuentra un mensaje de su amiga Adela que le confirma que ese mismo sábado empiezan con las clases de tango. La Rioja, casi avenida San Juan ¿Conocés, Marta? Imagina qué se va a poner, unas botas cortas bien cerradas que le dan seguridad a su paso.

Al principio no había tenido muchas ganas de ir, el tango le parecía una música tan seria, pero Adela la convenció contándole la historia de esa chica y ese hombre que se encuentran y se pierden. Podía entender eso de sentir la falta de una voz y el calor de un mirar.

Esa tarde, al entrar al club, las recibe un piso de madera. Marta cierra sus ojos tratando de saborear el aroma de la pinotea. Una voz gruesa la sorprende.

–Me llamo Roberto, este que sigue es un vals. Quisiera me haga el honor.

Marta ensaya una disculpa pero el hombre es amablemente firme:

–Es un baile europeo, los bailes del viejo continente se orientan hacia el cielo, uno se vuelve más liviano. Los pies no desaparecen –continuó–, sienta la música. ¿Cómo se llama usted?

Ella sonríe dejándose guiar. Piensa en los bebés que vienen sentados y que hay que ayudarlos a nacer.